

Es necesario confesar y acabar con nuestro desapego para Él y nuestra rebelión contra Él.

Así que, el arrepentimiento es darnos cuenta sinceramente de haber fracasado espantosamente, a través de toda la vida, en darle a Dios su puesto legítimo en nuestro corazón y vida cotidiana.

La justicia de la demanda de Dios para mi arrepentimiento es evidente si consideramos la naturaleza infame del pecado.

El pecado es una renuncia de Aquél que me formó. Es negarle su derecho de gobernarme. Es mi determinación de agradarme a mi mismo, y por lo tanto es rebeldía contra el Todopoderoso.

El pecado es anarquía espiritual, y menosprecio total por la autoridad de Dios.

Es decir en mi corazón: **“No me importa lo que Dios requiere; voy a hacer todo a mi manera. No me importan cuales sean sus derechos en mi vida; voy a ser mi propio señor.”**
Lector, ¿te das cuenta que has vivido así?

El arrepentimiento verdadero surge cuando, por la obra del Espíritu Santo en el corazón, nos damos cuenta sinceramente de que el pecado es sobremanera pecaminoso, y de lo terrible que es ignorar las demandas y desafiar la autoridad de Aquél que nos formó.

*“Dar a Conocer al Mundo
a Aquel que nos Llamo de las Tinieblas a la Luz,
para que toda Lengua Confiese que
Jesucristo Es El Señor para la Gloria de Dios”
Filipenses 2:11*



ARREPIÉNTETE O PERECERÁS



*“Si no os arrepentís, todos perece-
réis igualmente”
(Lucas 13:3).*

Estas fueron las palabras del Hijo de Dios encarnado. Nunca han sido canceladas, ni lo serán mientras exista este mundo.

El arrepentimiento es absolutamente necesario si el pecador ha de hacer paz con Dios (**Isa. 27:5**), porque arrepentirse es echar a tierra las armas de rebelión contra Él.

El arrepentimiento no salva, sin embargo ningún pecador jamás fue ni será salvado sin el mismo. **Sólo Cristo salva**, pero un corazón no arrepentido no lo puede recibir.

Un pecador no puede creer verdaderamente hasta que se arrepiente.

Esto es visto claramente en las palabras de Cristo respecto a su precursor: “Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creísteis; y los publicanos y las rameras le creyeron; y vosotros viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle” (**Mateo 21:32**).

Es evidente también en su llamado autoritario, (claro y fuerte como eran las órdenes que se pregonaban a son de trompeta), que hizo en **Marcos 1:15**:

“Arrepentíos y creed en el evangelio.” Es por esto que el apóstol Pablo testificaba “acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (**Hechos 20:21**).

No te equivoques en este punto, estimado lector; Dios “ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan” (**Hechos 17:30**).

Al exigirnos el arrepentimiento, Dios reclama sus derechos justos sobre nosotros.

Él es infinitamente digno de amor y honor supremo, y de obediencia universal. Maliciosamente se lo hemos negado. Nos requiere tanto un reconocimiento del mismo, como un cambio al respecto.

Por lo tanto, consiste en un odio y horror santo por el pecado, y en una tristeza profunda por él.

Además, consiste en la confesión honesta de él delante de Dios, y en un abandono sincero y completo del mismo. Dios no nos perdona hasta que esto se realiza.

“El que encubre sus pecados no prosperará; Mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia” (**Prov. 28:13**).

En el verdadero arrepentimiento el corazón se vuelve a Dios y confiesa: “He ido en pos de un mundo vano que no puede satisfacer las necesidades de mi alma.

Te abandoné a tí, la Fuente de Aguas de vida, yendo tras cisternas rotas que no retienen agua. Ahora reconozco y lamento mi necedad.”

Y además, dice: “He sido un sujeto desleal y rebelde, pero ya no lo seré más.

Ahora deseo y me propongo servirte y obedecerte con todas mis fuerzas, como mi único Señor.

Dependo de tí como mi Porción presente y eterna.”

Lector, profese ser cristiano o no, la opción es: arrepentirte o perecer.

Para cada uno de nosotros, seamos miembros de alguna iglesia o no, no hay otra alternativa más que volverme o quemarme.

Tienes que apartarte de caminar conforme a tu propia voluntad y gusto, y volverte a Dios con el corazón quebrantado, buscando su misericordia en Cristo.

Tienes que volverte con el corazón plenamente decidido a agradecerle y servirle a Él.

De lo contrario, serás atormentado día y noche por los siglos de los siglos en el lago de fuego.

¿Cuál de los dos será? ¡Oh! arrodíllate ahora mismo y ruégale a Dios que te dé el espíritu de verdadero arrepentimiento.

*A.W. Pink (1886-1952)
CHAPEL LIBRARY
chapellibrary.org*